

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, diciembre de 1956

Núm. 1054

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA PALMERA

(CUENTO)

POR SELMA LAGERLÖF

ALLÁ en tierras lejanas, en uno de los desiertos del Oriente, crecía, hace varios siglos, una palmera; una hermosa palmera. Cuantos atravesaban el desierto se paraban a su vera para contemplarla, ya que era de mayor tamaño que otras palmeras y de ella se decía que llegaría a ser más alta que las pirámides.

La palmera, sola en su pequeño oasis, contemplaba con nostalgia el desierto. Un día, se presentó ante su vista algo que la hizo estremecerse de asombro. Dos viajeros comenzaban a perfilarse allá, al borde del desierto. Todavía estaban lejos, a una distancia en que hasta los camellos parecen hormigas, pero la palmera tenía buena vista y sabía que quienes se acercaban eran viajeros; dos forasteros desconocidos. Bien conocía la palmera a todos los habitantes de la llanura.

Eran un hombre y una mujer, No traían guía, ni camellos, ni tienda, ni odres con agua.

—Les compadezco—se dijo la palmera—. Vienen a morir aquí, sin otro remedio.

Miró en torno suyo buscando algo.

—Extraño me parece que los leones no se hayan apoderado de este botín. Pero no veo ni un león en todo el contorno. Tampoco hay ningún bandido... Pero no han de salvarse. Siete formas de muerte les aguarda. Si los leones no los devoran, puede matarles la mordedura venenosa de las serpientes o la sed abrasadora. Tal vez el simun les enterrará en la arena. O los bandidos les matarán creyendo que ocultan algo. El sol les quemará. Y si nada de esto sucediera, el miedo bastará para matarles.

Dolorida la palmera por el triste destino de los viajeros, quiso variar el rumbo de su pensamiento, pero nada en torno suyo le inspiraba más interés que aquella pareja humana. Cuanto sus ojos veían no era nuevo para ella, que había vivido clavadas sus raíces en aquella arena, más de mil años.

De pronto, la palmera se inclinó un tanto y gritó asombrada:

—¡Por la sequía y el simun! ¿Qué es lo que lleva en los brazos esa muchacha? ¿No es un niño de pecho? Pobres insensatos?...

La mujer, en efecto, llevaba entre los brazos un niño. El pequeño apoyaba la cabecita, confiado, sobre el hombro de la mujer.

—Y el niño apenas va vestido—piensa la palmera—. La madre trata de cubrirle con su falda. Sin duda le ha sacado de su cuna precipitadamente, para huir con él. Ahora lo comprendo. Este hombre y esta mujer vienen huyendo de algún peligro. Qué locura. Si un ángel no les protege, más les hubiera valido entregarse a sus enemigos que decidirse a atravesar el desierto en estas condiciones. Puedo imaginarme lo sucedido. El hombre estaba trabajando; el niño dormía en su cuna; la madre sale a buscar agua... Aún no ha dado dos pasos cuando ve a los enemigos que se acercan. Vuelve a su casa toma al niño en sus brazos, avisa al hombre y emprenden la huida... Seguramente habrán caminado días y noches sin descanso, hasta llegar al desierto. Sí, así debió de suceder todo. Y ahora se hallan tan cansados que ya no pueden continuar su camino. En sus ojos se ve la sed y la fiebre. ¡Bien conozco yo la cara de una persona sedienta.

Y al pensar en la sed inextinguible, un temblor convulsivo agitó el tronco de la palmera y sus largas hojas se encogieron como si hubieran tocado el fuego.

—Si yo fuera una persona—se dijo la palmera—no se me ocurriría nunca atravesar el desierto. Valor se necesita para llegar hasta aquí sin tener raíces para clavarlas en la arena buscando una vena de agua. Aquí es peligrosa la vida, hasta para las palmeras; hasta para mí, que no puedo morir. ¡Ah! Si yo pudiera dar un consejo a los viajeros, les diría que se volvieran a su casa. No serán para ellos tan temibles sus enemigos como el desierto... Recuerdo que hace tiempo, en mi juventud lejana, un simun volcó sobre mí tal cantidad de arena que estuve a punto de asfixiarme. Si yo pudiera morir,

aquella habría sido, sin duda, mi última hora.

La palmera continuó recordando en voz alta, como añoran los viejos sus recuerdos:

—Oigo un extraño murmullo agitar mi copa. Todas mis hojas vibran de emoción. Es la emoción que me produce contemplar a estos pobres viajeros: ¡Qué hermosa es ella! Y parece muy triste. No sé por qué esta pareja me recuerda el suceso más importante de mi vida.

Las hojas de la palmera continuaban susurrando una triste canción, en tanto evocaba algo que había sucedido muchos años, muchos siglos antes de aquel día. Otra pareja muy hermosa atravesó el desierto. Ella, la reina de Saba, había pasado por allí acompañada por el rey Salomón. Volvía la reina a su país africano, y el rey la acompañaba para despedirla. Cuando estaban a punto de separarse dijo la reina:

—Como recuerdo de nuestra despedida, voy a plantar en la tierra este hueso de dátíl, para que de él nazca y crezca la más hermosa palmera; una hermosa palmera que no morirá hasta que en el país de Judea nazca un rey más sabio y poderoso que Salomón.

Y así lo hizo, regando después la tierra con sus lágrimas.

La palmera pensaba:

—¿Por qué recordaré ahora, precisamente ahora, este suceso? ¿Acaso porque esta bella mujer me recuerda a la reina más bella y graciosa entre las reinas, a la que debo la vida?... Pero este sonido, este rumor de mis hojas, es doloroso. Más que un alegre recuerdo, parece el eco de un canto funeral: Como si anunciara que alguien va a perder pronto la vida. Bien está saber, para mi tranquilidad, que yo no puedo morir.

Creía la palmera que el canto triste que entonaban sus hojas, se dolía de la suerte de los viajeros.

Ellos mismos creían llegada su última hora. Se les notaba en la expresión de sus ojos, cuando pasaban ante el esqueleto de un camello, que señalaba como un mojón, el camino. También miraban con miedo a una pareja de buitres que pasaban volando sobre sus cabezas. La muerte les acechaba. Cuando estuvieron cerca de la palmera, apresuraron el paso, pensando que hallarían sombra y un poco de agua. Pero en su rostro volvió a pintarse la

desesperación cuando encontraron seco el menantial.

Ella, rendida por el cansancio y la sed, colocó al niño bajo la palmera y empezó a llorar, sentada sobre el brocal del pozo. El hombre, desesperado en su impotencia, golpeó el suelo con los puños.

La palmera escuchó su conversación. Por ella se enteró de que el rey Herodes había hecho degollar a todos los niños menores de dos años que había en Belén, porque temía que entre ellos se encontrara el rey de la Judea que los profetas habían anunciado.

—Cada vez tiemblan mis hojas con mayor fuerza—se dijo la palmera—. Sin duda se halla próxima la muerte de estos infelices.

El hombre se quejaba de su suerte. Decía que mejor hubiera sido defenderse luchando contra el legionario romano que les perseguía, que haber huído al desierto. La muerte, en todo caso sería más fácil.

—Dios no ha de desampararnos—confiaba ella—.

—Pero estamos solos en el desierto, amenazados por las fieras; sin comida ni bebida. ¿Cómo va a ayudarnos?—decía el hombre—.

Y, desesperado, se rasgaba las vestiduras y apoyaba su rostro sobre la arena. La mujer, también triste, miraba ahora con pena, la inmensa planicie desierta.

El zumbido de las hojas de la palmera se hacía cada vez más fuerte.

También debió escucharlo la mujer, ya que levantó sus ojos hacia la copa.

—¡Dátiles—exclamó—. ¡Oh, dátiles.

Su voz temblaba anhelante. La palmera sintió en aquel momento un fuerte deseo de volverse chiquita, para que las manos de la mujer pudieran alcanzarlas. Pero bien sabía que su copa, cuajada de racimos, no podría ofrecerse a aquella gente.

El hombre lo sabía. Por eso no levantaba siquiera la cabeza hacia ella; pero el niño, que jugaba en torno suyo, oyó la voz de su madre y se quedó mirando a la palmera. ¿Cómo podrían alcanzar el fruto, si estaba tan alto? Su carita se entristeció unos momentos. Al fin, radiante, se acercó más a la palmera, acarició su tronco y le ordenó con voz suave:

—¡Palmera, inclínate!

Como si un fuerte viento la azotase, la palmera se inclinó ante el pequeño sin poder resistir el imperativo de aquella dulce orden.

El niño no se asombró por ello. dió un grito de alegría y se puso a recoger los frutos que la palmera le ofrecía. Cuando se hubo saciado de ellos, acarició de nuevo el tronco de la palmera y le ordenó con voz cariñosa:

—¡Levántate, palmera!

La palmera volvió a ergirse, y sus hojas se agitaron con aquel extraño murmullo.

El hombre y la mujer, arrodillados, daban gracias al Señor, que así les demostraba su protección:

—Tú que has visto nuestra aflicción, nos has salvado de ella. Tú, Señor poderoso, has doblado el tronco de una

palmera como se dobla el junco de los campos, para que pudiéramos comer de su fruto. Si tú nos proteges, ¿qué puede hacernos daño?

El hombre y la mujer daban gracias a Dios por su protección: La palmera pensó con melancolía:

—Ahora sé para quien suenan esos cantos...

* * *

Algunos días después de este suceso, una caravana atravesó el desierto. Los viajeros observaron con cierto asombro que la copa de la gigantesca palmera se había secado.

—¿Qué ha podido suceder?—preguntó, desconcertado, uno de los viajeros— Profetizado estaba que esta palmera no podía secarse hasta que un rey más grande que Salomón pasara a su lado.

Y otro de los viajeros contestó:

—Seguramente ese rey ha pasado por el desierto.

NIEVE

Invierno: nieve en los montes.

También nieve en el Altar,
Lecciones de amor; reflejos
de Dios, que nos sabe amar

Dios-Hostia baja del cielo
como el rocío mejor,
y se cobija en la Cueva
del Sagrario, con amor.

A su paso va soltando
reflejos de majestad,
que van cubriendo la tierra
del color blanco de paz.

¡Nieve de los montes! ¡Nieve
del Altar! ¡Albo color!
¡Nieve que, por ser de Cristo,
en vez de frío, da calor!

Ovejas son las virtudes,
yo las apaciento bien;
voy con ellas, entre nieve,
al Sagrario de Belén,

¡Gloria a Dios en las alturas!
¡Daz al hombre!... Es mi cantar.
¡Blanca paz, como la nieve
en los montes y el Altar!

Hermenegildo Rodríguez

La degollación de los Santos Inocentes y agonía y muerte de Herodes

Estampas bíblicas

En el palacio de Herodes, éste de entrañas de víbora, feroz, planea y rencoroso la más diabólica intriga para dar muerte al DIOS NIÑO, temeroso que algún día llegue a reinar en Judea, como el idumeo creía. Llamando a su fiel esclavo el negro Cingo, le mira con ojos fosforescente, y

extendiendo un brazo, grito: —¡A Belén, Cingo, a Belén; no quede ni un belemita de dos años para abajo allí y en sus cercanías! ¡Yo soy el rey de Judá; quiero, al morirme, se ciña sobre la sien de mis hijos mi corona y jerarquías!—Cingo salió presuroso para cumplir la consigna. Al quedar solo el Tetrarca, estas palabras decía:

—César Augusto me manda, pues sabe nació un Mesías busque ese Niño Jesús quién, según las profecías, es nuevo Dios, Rey y Hombre; y se lo mande enseguida a Roma, bien escoltado; cual su rango merecía; quiere así rendirle honores, que entre por la Triunfal Vía... ¿Darle querrá mi corona?... ¡No por cierto!...—con sonrisa burlona, cruel y sarcástica, fieramente repetía:—¡No irá a Roma, no irá a Roma! ... los muertos no resucitan.

Jamás monarca alguno hubo sobre la tierra do habita, que tanta sangre inocente vertiera, ni dió cabida en el interior de su pecho a pasiones tan mezquinas, como el idumeo Herodes, a quien la Historia apellida con el título glorioso de Grande. Fué por desdicha el más poderoso rey, pero sin embargo carecía de las más excelsas virtudes que honran a las Monarquías. Sanguinario y cruel, gozábale ante el dolor de sus víctimas.

¿Dónde van tan jubilosas esas madres belemitas, con sus hijitos en brazos, rebosantes de alegría? Con sus más vistosos trajes; ¿hacia dónde se encaminan dichosas y confiadas, en horas tan matutinas? ¿Qué nueva ocurre en Belén, que por su empinada sima las mujer esde Judá van subiendo sin fatigas? Un anciano ribereño del Mar Rojo, que seguía el camino de Idumea, ve avanzar en cuadrillas a su encuentro, aquel emjambre de animadas madrecitas. Y les pregunta:—¿Dó váis en alegre algarabía con vuestros tiernos infantes tan de mañana?—Este día contéstánle, ¿quién ignora por Belén y sus cercanías, el regocijo que sienten estas madres belemitas? Un pregón del Rey Herodes a todas nosotras cita, vamos a la ciudad, no aguardando al mediodía, con nuestros pequeños hijos; reunirnos en la piscina grande, a recibir un premio que allí nos distribuiría,

—¡Pero, ah, madres infelices, que la barbarie inaudita de su rey desconociendo, con cuanto gozo corrían a entregar sus corderillos bajo el hacha infanticida!... Era el lugar destinado para la cruel degollina, un ancho patio con muros y en el centro la piscina. Cingo cumpliría las órdenes que le dió el Escalonita; y rodeado de verdugos, con la mayor sangre fría, estóico, aguarda el momento de aquella carnicería. Y las inocentes madres entrando van muy tranquilas en aquel antro infernal con sus hijos que acarician.

No puedo, no, describiros aquella cruenta agonía de los Santos Inocente, los Mártires Belemitas, y las madres dolorosas en tierra desvanecidas. Pero si quiero copiaros breves estrofas escritas por un Padre de la Iglesia, San Agustín, relativas a aquella degollación precursora de nuevas vidas:

«¡Gran martirio!... ¡Cruel espectáculo!... El alfanje y la cuchilla desen-

«vábanse vibrantes sin causa que lo motiva. Ensangriéntase furiosa, sin resistencia, la envidia sobre indefensas mujeres y tiernas criaturitas. De las desoladas madres la amarga queja domina el triste y débil gemido angustioso de las víctimas. Madre y verdugo luchaban con tenacidad bravía: ella por salvar a su hijo, él, por segarle la vida.—¿Para qué me dejas sola? ... Si hay culpa, esa culpa es mía ... Une mi sangre a la suya; del dolor que siento librame, ya que es tu placer matarle ... —Otra, exclamaba afligida:—A uno buscáis en Belén, y a muchos más destruí ... —; y a ese Uno que buscáis, jamás lo encontraréis».

La cruel matanza dió fin, y los verdugos ya iban a abandonar fatigados aquel cuadro de desdichas, de dolor, sangre y lamentos, cuando entre alborozo y risas con un niño entre los brazos otra mujer acudía, y antes de que se apercibiese de lo que allí había, le salió al encuentro *Cingo*, quien sin chistar, deseguida, tendió su callosa mano del niño a una piernecita, y violento arrebatóselo. La inocente criaturilla prorrumpió en amargo lloro, y la mujer, sorprendida, lanzó un grito, apostrofándole con las facciones contraídas.

—¡Ay de tí, misero esclavo, si tienes aún la osadía de tocar sólo un cabello de ese niño! Lo que haces mira. Tu maldad tendrá castigo; Tiembla, infame; por tu vida. Tal niño, hijo es de reyes, y en Judá reinará algún día.—*Cingo*, oyendo estas palabras, su faz brilló de alegría, y exclamó:—¿Con que este niño es, ¡valga la suerte mía!, ¿el Rey de Judá esperado? Pues a este, ¿quién suponía? buscábamos afanosos; tanta sangre aquí vertida bien pudo haberse evitado, de venir a la hora prima.—Y a la tierna criatura girar en el aire hacía cual si fuera un molinete, lanzándole a la piscina, mientras los crueles soldados a la madre inmovilizan.

Los foragidos salieron sus manos en sangre tintas; y las madres se quedaron allí, en su dolor sumidas, con los mutilados cuerpos de sus hijos, santas víctimas.

Belén, patria de David, cuna de Dios, fué elegida para ser madre amorosa de aquella inocencia ungida con la palma del martirio y vivir la eterna dicha.

Los destinos del Eterno inescrutables cumplieron desde aquella fatal noche. JESUS salvándose había entonces, para morir por la humanidad proscrita treinta y tres años más tarde; su sangre fué precedida por la sangre que vertieron inocentes belemitas.

El esclavo negro *Cingo* su horrible tarea cumplida, se presentó ante Herodes; éste con ansia le mira.—*Cingo* ... —Estás obedecido.—¿Llegó a todos mi consigna?—Respondió el esclavo: ¡A todos!... Satisfecho el rey suspira.—Si crédito hemos de dar a la última belemita que en Belén quedó llorando, prosiguió el negro, albricias hemos de dar a los dioses: el Rey de Judá caía bajo el filo de la espada; temor ese rey no inspira. He aquí su cabeza inerme; vuelva a vos la paz perdida.—Y de un pliegue de su manto destacó la cabecita del niño que con violencia arrebatándola había de los abrazos amorosos a la última belemita.

Dejó aquel miembro insepulto sobre una mesa contigua, y a examinarle en silencio comenzó Herodes. ¿Qué veía el sanguinario idumeo con sus vidriosas pupilas fijándose tenazmente en aquella faz tan livida? Se restregaba los ojos, y a mirarla volvía.—Es extraño, murmuraba; una obsesión me domina, que esta cara me figuro no serme desconocida ... —Y asiendo el cráneo del niño por el pelo, dirigióse a un ventanal, esperando vencer dudas que sentía. Más se abrió en este momento un gran tapiz que cubría la puerta, y una mujer pálida, en sangre teñida su túnica, ojos hinchados por el llanto que vertían, hizo acto allí de presencia muy nerviosa y decidida. La mujer lanzó un rugido reconociendo enseguida a *Cingo*, el esclavo etíope. Levantó Herodes aprisa la cabeza, y extrañado no tan esperada visita, preguntó: ¿Tú aquí, Rebeca? —¡Sí ... Yo! ... —¿Qué se te ofrecía? —Pues vengo a entregarle al Rey de Jerusalén, yo misma, este cuerpo mutilado de su hijo, postrera víctima, y la una a esa cabeza que en las manos examina.—Y arrojó a los pies de Herodes, el despojo que traía oculto bajo su túnica. *Cingo*, el cuerpecito mira.—¡Ah! ... exclamó retrocediendo Herodes, turbia la vista; ¿Con que esta cabeza es? ... —¡La del hijo que teníais dejándole a mis cuidados, y amanté noche día; tu hijo, sí, que ese infame asesino por orden tuya! ... —Y Rebeca su brazo al negro tendía. El Tetrarca lanzó un grito, y soltó la cabecita de aquel su hijo, en el suelo, cuyo golpe estremecía; llevó sus manos a la cara para no ver tal desdicha, pero las manos estaban de inocente sangre tintas, y mancharon su frío rostro, cual un sempiterno estigma. ¡Justo castigo de Dios! La Providencia divina dispuso que bajo el filo de mortífera cuchilla, el propio hijo de Herodes cayera cual flor marchita.

Aguardando su sentencia el esclavo emudecía; Rebeca, amenazadora, su diestra mano seguía en dirección al etíope, acusando enardecida. — ¡Dejadme ya! ... gritó el Rey—llevaos tal vision; se irritan mis nervios con su presencia, y arde mi pecho a su vista.—La infeliz recogió el cuerpo mutilado de la víctima envolviéndolo en su falda, y lanzó esta profecía.— ¡Ay del protervo asesino! ... ¡Cometer tal villanía con los hijos de Judá, dándoles muerte inaudita! Su nombre será execrado, su memoria maldecida por los siglos de los siglos, y en la hora de su agonía toda furia del averno destrozarán su alma indigna, gozándose de arrancarle las entrañas ya podridas.—Y Rebeca abandonó cual si fuese una Sibila, aquella estancia, estrechando el cadáver belemita.

—Mi señor se humilló al siervo—castigad mi fechoría ... —No temas, *Cingo*, mi enojo: la fatalidad sombría fué quien dió muerte a mi hijo, y el arma fué tu cuchilla ... pero escucha. Será inútil toda esa sangre vertida si no nos apoderamos del hijo de Zacarías, el niño Juan: no dilates, pon en juego tu osadía; corre, busca, ansío ver si mis deseos se realizan; pues yo no me hallo tranquilo mientras Jesús y Juan vivan. La corona en mi cabeza continuamente vacila, huye el poder de mis manos, veo por doquier la perfidia de todos mis enemigos ... mi existencia es agonía; son intranquilos mis sueños; este

mal que me asesina, *Cingo*, porque tú lo sabes, alienta la envidia de quien va tras mis tesoros, de quien mi cetro codicia. De esos dos Niños la ausencia, que se han librado hasta hoy día de mi castigo, enardece los ánimos israelitas. Pero tú, mi bravo *Cingo*, destruirás las mentidas esperanzas del hebreo que mi muerte en su alma anida. Si tú logras presentarme las cabezas preferidas de Juan y Jesús, te ofrezco en prueba de garantía, una fuerte recompensa a tu libertad unida. Parte, y no olvides que aguardo. ¡Solo en tí mi fé confía.

Ha sido estéril la búsqueda, pues mientras a Egipto huían Maria y José con el Niño, el hijo de Zacarías y Elisabeth, ocúltábalo su madre en profunda cripta allá en el monte Carmelo; le llamaron Juan Bautista, siendo al fin decapitado por venganza de Herodías, la impúdica cortesana, esposa del rey Antipas.

El rey de Jerusalén, luego que *Cingo* partía, se quedó algunos momentos inmóvil; más, repentinamente aquella faz tornose desencajada y lívida; hundidos están sus ojos; su cuerpo se estremecía de un modo atroz, y su boca por el dolor contraída, para dar paso a un gemido prolongado, se entreabría; una convulsión nerviosa que todo su ser vencía, agitóle, y desplomándose sobre la alfombra mullida, gritaba desesperado.—¡Venid pronto a mí! ... ¡De prisa! ... ¡Que me muero! ... Y revolcábase por la estancia. Su familia le socorrió presurosa, febrilmente compungida, y a su lecho trasladáronle. Allí agitado decía:—¡Doy la mitad de mis reinos a quien me salve la vida! ...

Los médicos le rodearon, su especialidad prodíngale, pero aquella enfermedad que al Tetrarca infligía, sin máscara a todas luces declarado se le había. Su apergaminada rostro manchó purpúreas teñían; su cuerpo una infecta llaga que la gangrena cubría, y un cancer en el estómago le arañaba y le mordía ... La ciencia era ineficaz, fallaban las medicinas. Este atroz padecimiento, cruel, conducirle debía muy en breve hacia el sepulcro, tras una larga agonía.

Ya está el idumeo Herodes sufriendo horribles fatigas; aterradores fantasmas en su cerebro germinan; sus ojos horrorizados, sangrientos, ¿en qué se fijan? ¿Qué ve el odiado Tetrarca? Ve el espectro de sus víctimas que le asedian implacables en su espantosa agonía. Y así murió el rey Herodes, el bárbaro infanticida.

La Providencia, invisible, con sus castigos avisa; y su mano poderosa, siempre ecuánime, infinita, reparte desde los Cielos según se cumpla en la vida, al mortal bienes y males con verdadera justicia.

Por la adaptación:

Moisés García Fernández

“Religión y Patria”

Periódico de propaganda católica.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Era la media noche... y en un refugio de pastores y ganado, desatendidos de todo el género humano, abandonados de todos, sin cobijo, sin albergue, en la mayor miseria, Dios, baja al mundo para redimir a quienes no le recibían, a quienes le negaron hospedaje, a los que le perseguían, a los que vigilaban su llegada... para destruirlo.

Pobreza y humildad rodeaban al Rey de Reyes y Señor de los Señores.

Pero su reino no era de este mundo.

Os hablo a vosotros. Los soberbios, los engreídos, los orgullosos. A los reyezuelos artificiales en la vida. A los que os creis poderosos. A los fariseos, hipócritas. A los hombres del gran mundo. A los políticos que dominan la tierra, que ordenan y mandan sobre todos, que envían a la guerra a los hijos de familia, jóvenes aún, para morir por los intereses y los egoísmos de muchos. Para defender posiciones estratégicas de la economía, del bienestar, del dinero.

Hablo a los responsables de las injusticias del mundo que gritan contra las consecuencias de la injusticia creada por ellos.

Hicisteis hambrientos, pordioseros, miserables. Les arrancásteis la fé, la esperanza, la ilusión de la vida. Os reisteis de las creencias sagradas de la religión, educasteis a la juventud en el materialismo, corrompisteis las almas, y las consecuencias, no teneis derecho a aplastarlas y destruirlas por la fuerza.

Vuestra responsabilidad es grande. Vuestra ceguera os hace ver toda la magnitud de vuestra horrible obra. El mundo materializado se deborda en el caos del terror, de la revolución de las ideas, de la destrucción de si mismo. Es vuestra obra. La obra del orgullo, de los soberbios, de los egoistas. La obra de Satanás.

Devolved la fé a las almas. La esperanza y el amor a los hombres. Gobernad con caridad cristiana y en nombre de Dios y el mundo sentirá el alivio y el respiro de la paz.

Es inútil buscar en la fuerza el argumento supremo de vuestra fuerza política. Tiene que ser gobernado el mundo por corazones y por amor.

Reconstruir los cimientos. Comenzad en el seno de vuestra familia. Adentraros en la sociedad. Imponeros en el gobierno de los pueblos con el espíritu cristiano. Llegad a los corazones por el único camino que se puede llegar, que es el camino del amor de Dios.

Nada conseguirés con leyes y con el do-

minio de la fuerza. Al pueblo se le gana por el amor y ¡hay de vosotros si no rectificais! Un día, ese mismo pueblo...

Todos los años, en estos días del nacimiento del Señor, nos avergüenza la consideración terrible de todo un Dios, naciendo rodeado de la pobreza y de la miseria, adorado por pobres pastores, y desconsiderado por los grandes y los poderos de la tierra.

Y todos los años, el rubor de estos días, vuelve a desaparecer de las mejillas de los soberbios, de los engreídos, de los orgullosos, de los reyezuelos artificiales de la vida... de los fariseos hipócritas, de los hombres del gran mundo, de los políticos que dominan la tierra...

Aún es tiempo de rectificar.

¿Contemplan otro año la conmemoración del Nacimiento de Dios lleno de pobreza y humildad?

Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

R.

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

Arbués

Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

CARBONES

Covadonga, 27 Teléfono 1817

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)